

MOTIVOS DEL ÁRBOL*

Claudia Cascante de Rojas**

Conversemos, amiguito. ¿Ya estás liando tus cuadernos y tus libros, presuroso por regresar al hogar?, claro que sí. El deber cumplido durante el día, pues ya te alistas como ciudadano, pone en tu carita amable una sonrisa de satisfacción. Te has despedido de la bondadosa maestra, que quizás aún permanecerá unas horas más en la escuela, para corregir lo que has escrito en tus tareas.

– ¡Hasta mañana, niña! – Le has dicho.

Tú sabes que ella es tu mejor guiadora. Pero, dime, ¿qué buscas ahora con tanto afán en tu bolsillo de manta? Bien sucia, por cierto. ¿Encontraste las monedillas?, ¡ah, sí! Un diez y un cinco que has cuidado amorosamente durante las horas lectivas por darte el gusto de comprar una fruta: una guayaba, un mango “cele”, una manzana rosa, una guaba, un mango, tres o cuatro nances, unos pocos “mamones”.

Allí a la orilla de la cerca están los comerciantes de las frutas, más pedagogos que los mejores maestros que conozco. Ellos saben tus gustos y han memorizado una sicología, que algunas veces aplican con bastante impiedad: ¡quince centavos por un insignificante mango! Los deditos de una de tus manos forman mayor número que el de los mamones que te dan por quince centavos. Y una guayaba, de madurez a medio apuntar, también descabala tus economías de niño goloso. Y pensar que esa fruta muchas veces sufre las acometidas de los mordiscos de tus amigos... de los que te acompañan en tu trayecto al hogar.

Cuando presencio la escena de la fruta cara y mezquina que en canastas aguarda la salida de la parvada escolar, sorbo a regañadientes la tragedia del niño de estos tiempos. Yo recuerdo los míos... A ochocientas o mil varas del centro de la ciudad, había cafetales cercados con palos de jocote; mi único trabajo, cuando venían las épocas de las cosechas abundantes, era tener el cuidado de no punzarme en los alambres de púas, cuyo apoyo me servía para alcanzar los más sabrosos jocotes.

Si lograba internarme en el cafetal, las guabas



*Tomado de: Rumbos (Órgano de la Asociación Nacional de Educadores, ANDE. Setiembre de 1957) 2(8): 1-2.

**Asociación Nacional de Educadores, ANDE.

de algodón, blancas como raso de primera comunión, se despojaban de la dulce túnica con que cubrían sus semillas y me regalaban sus mieles. ¡Verdes semillas de guaba que muchas veces pasaron a ser las esmeraldas de mis más lindos aretes! ¡Cuán generosas eran al endulzar mis apetitos de niña, aunque mi abuela dijera siempre que me iban a hacer mucho daño! Calumniadas eran por cierto, pues siempre fueron nobles y gratas para mi digestión. Ahora más que nunca deploro que la civilización os haya apartado del niño de la ciudad, cual si fueseis su enemigo. Y cuando pienso que también las naranjas, los nísperos, los mangos, aquellas acerolas que nunca volví a ver, que todas las frutas cogieron las de Villadiego y que implacables hoy esquivan la presencia del niño de la ciudad, me muerde la tragedia del recuerdo de aquellas frutas que me vendían a docena por cinco, y que hoy sólo se ven en el tramo lujoso del mercader.

Tú, amiguito, como niño de hoy, y yo como niña de ayer, somos iguales: ¡mejores las frutas que las comidas! Ya sabes, los médicos ahora conocen un alfabeto de vitaminas. Pero antes que estar en las grageas del boticario, esas vitaminas han venido como embajadoras de salud en el corazón y en el cobertor de una fruta, hoy amiga del comerciante y no de ti, amiguito.

Ven, te hago una invitación. Arranca conmigo el frío cemento del patio moderno de tu casa, tapador del resuello con que la tierra dirige su mirada a Dios, y plantemos un árbol. ¡Plantemos un árbol! Un árbol, no, ¡una semillita! te lo digo así, con más discreción, para que no te asustes, para que no creas que el tronco y la ramazón, de tanto misterio que son, no vayan a caber en ese patiecito de una vara que apenas tiene tu casa. Pero ensancha, así, el dominio de la naturaleza que pugna siempre por hacerte el bien, hoy como ayer. Removamos la tierra; coloquemos con primor esa semillita que siempre tiras a la basura, y aguardemos. No seamos pesimistas. Dios, tu amigo y el mío, El Gran Germinador, ya dio vuelo a las avecillas que han de cantar en sus frondas...

